

EL GATO ENCERRADO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: mayo de 1998
Segunda edición: noviembre de 1998
Tercera edición: noviembre de 2010

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Hombre con sombrero*, por Picasso,
The Museum of Modern Art, New York

© Andrés Trapiello, 2010
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2010
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-92913-92-3 • DEPÓSITO LEGAL: S-1633-2010

IMPRENTA KADMOS

EL GATO ENCERRADO

(1987)

*Trobar un gat en una cambra negra,
quina dificultat!
I sobre tot si és que no hi és el gat.*

JOSEP CARNER

EL día primero del año tiene en Las Viñas algo de plácida rutina. No hay nada que delate una noche de excesos ni esa alegría rabiosa, espumeante y un tanto epiléptica de las nocheviejas.

Las nocheviejas sólo tienen de aceptable el nombre: La noche de San Silvestre. Me dan ganas de abandonar todo proyecto y empezar una novela, con sombras románticas, cuyo título sea ése: *La noche de San Silvestre*. Es imposible pararse en un escaparate y no sucumbir a un libro con ese título.

En una novela así podría ocurrir de todo. Yo normalmente todos los años nuevos tomo esta determinación: escribir una novela. Luego las cosas vuelven a sus fueros y la novela se queda sin escribir. Alimentarse de ilusiones llena la cabeza y deja limpias las venas, por donde la sangre discurre con despreocupación.

Miro por la ventana. Todavía no ha amanecido y el cielo tiene un color tizón. Por lo demás se adivina en los montes un vago resplandor azul, a cuya luz los árboles, el camino, una casa a lo lejos, parecen bordados con hilaza tosca, como algunos tapices del Renacimiento.

Hace tanto frío en la casa que voy a escarbar un poco en el fuego de la noche anterior y apenas si descubro tres o cuatro brasas, tres o cuatro broches fríos entre la ceniza helada.

Me gustaría escribir una novela. Siempre que se me ocurre una idea tan original, las ansias me sobrevienen de re-

pende. Es decir, me gustaría ponerme a escribirla esta misma mañana y tenerla lista para la hora de comer. La tarde la dedicaría a hacer algún retoque de estilo, algunos detalles, cosa de poco. A la hora de la cena la tendría lista para el editor. El día de Año Nuevo me pone, en este aspecto, más apetente que nunca. De modo que sí. Voy a escribir ahora mismo una novela. Tampoco una obra maestra. Hasta cuando se sueña conviene ser modestos.

Mi novela transcurre en la noche de San Silvestre, y principia en una estación vacía. El ferrocarril tiene mucha tradición literaria a las espaldas. Por otra parte esta novela mía se vendería en los kioscos de estación. Hay que pensar en todo. La diferencia entre un novelista y un poeta es ésta: el poeta presume de no pensar en nada. El novelista no deja nunca un cabo suelto. En fin.

Un hombre toma el tren en una ciudad pequeña de Inglaterra.

¿Por qué Inglaterra? En Inglaterra, o en cualquier otro sitio lejos de aquí, las cosas suceden más fácilmente.

En cada vagón apenas viajan tres o cuatro personas. Muchos compartimentos están vacíos, pero con la luz encendida. Una mujer de edad indeterminada mira con desinterés por la ventanilla. Le ha tendido al revisor el billete sin ni siquiera levantar la cabeza. Al poco rato, de una de esas miserables, silenciosas y desiertas estaciones, sube un hombre. Es un tipo vulgar. Con paso de can recorre todo el tren. El vagón va vacío y él regresa para colarse en el compartimento donde viaja esta mujer. Se sienta frente a ella, saca tabaco y le ofrece un cigarrillo... Por una de esas fatalidades que hacen posibles las novelas y las obras de arte, la mujer acepta. A los diez minutos, hablan ya animadamente. Según ella cree entender, el hombre va a reunirse con una amiga. Todo muy inconcreto. A la media hora ella le hace una rara proposición: que

la acompañe esa noche y se haga pasar por su esposo. Escribo esposo y no marido porque hay que dar la impresión de que se trata de una novela traducida. Trabajarán los dos: ella de doncella y él de mayordomo o camarero.

Ella acude a Madness Castle, en el condado de Essex, contratada esa noche para servir la cena de fin de año a los condes de X, un viejo matrimonio sin hijos. La envían de una agencia de Londres. El hombre, después de titubear, acepta. Al fin y al cabo, el plan de su amiga pasaba por cena con simulacro de felicidad conyugal, etcétera. Todo bastante triste. Sin demasiadas explicaciones. Las explicaciones sólo les sirven a los críticos, que las necesitan para saber por qué van a hablar mal de una obra.

Lo malo de las novelas no es ni siquiera terminarlas. Lo peor es lo de enmedio. En esta novela mía puedo hacer que esa extraña pareja asesine a los condes de X, les roben y se fuguen a Escocia. Que quien asesine sea el desconocido que subió al tren. O mejor: en realidad la mujer del tren es la misma condesa de X, una solterona ciclónica y arruinada, que se dedica a viajar por Inglaterra buscando hombres que llevarse a su casa. Lo que haga con ellos allí es cosa de poca monta, lo mismo que los viole que los haga jabón. Al arte esos detalles le preocupan poco. ¡Qué sé yo!

Me temo que la novela no estará lista para el mediodía. Me alegro. Si la hubiera terminado, me habría estropeado el paseo de la tarde porque tendría que quedarme a corregirla.

Perdiendo el tiempo de esta manera, se ha hecho de día. El Año Nuevo salió de entre las sombras como esas heroínas que empiezan el día asomando un pie deliciosamente pequeño y blanco de entre sábanas de raso. La escarcha lo cubría todo y los olivos tenían la quietud del invierno. Durante una media hora se dejaron escuchar los ruidos de siem-

pre: un perro a lo lejos, algunos jilgueros y el escándalo de un pavo que todas las mañanas merodea por el jardín. No sé cómo no se lo han comido todavía. Lo está pidiendo a gritos.

Todas estas criaturas parecían dar cuentas al sol al mismo tiempo. El sol, indiferente a las explicaciones de sus criaturas, subía con cierta dificultad los escalones helados de las nubes. Para ser Nuevo, da la impresión de que el año empieza demasiado Viejo.

Al rato baja la niebla. Lo cubre todo como un manto. La imagen está manida, pero resulta no sólo verosímil sino eficaz. Poco a poco todo ha quedado cubierto por esa niebla azulada y el campo se veló como un viejo daguerrotipo al que el tiempo robó el color y los contornos.

UNO se pasa unos años reprochándole a su padre haber ganado la guerra. Luego otros en que ignoramos que la hubiera ganado. Cuando al fin estamos dispuestos a admitirlo, somos todos tan viejos que sólo tenemos fuerzas para preguntarnos si valió la pena hacerla. Cuando ocurre esto, ya ni siquiera sabemos de qué hablar. Nos miramos con pena, tal vez amargamente, cada uno desde una orilla distinta. Orillas distintas del mismo río.

SIN escepticismo no puede escribirse literatura. Sin entusiasmo no podría leerse.

ES más fácil hacerse una leyenda bebiendo que no bebiendo. Yo creo que el borracho, el drogadicto, el mujeriego en la literatura tienen más porvenir que el hombre moderado. Al fin y al cabo lo único picante de la Creación fue la rebelión luciferina. Sin ese desencadenante habría resultado todo tan aburrido como un disco rayado: «Belleza, Amor, Felicidad, Eternidad».

VIENEN en el periódico los poemas de uno de esos poetas secos como el abadejo, y una entrevista. En la entrevista dice cosas inteligentes, y sustanciosas; los poemas, sin embargo, resultan candorosos, porque se le ve a ese hombre queriendo subir no al Monte Carmelo; no. Eso no le interesa. Él quiere escalar el Monte de Venus a sus sesenta años. ¡Qué ingenuidad! Luego por la tarde, al encender la lumbre, he hecho una pelota con esas hojas y las he pegado fuego sin darme cuenta de que se trataba de aquellos poemas de tanta elevación. Ardían con problema, aunque daban una llama azulada y muy retozona. Extendí las manos sobre el fuego y noté un calorillo grato en la conciencia y en la punta de los dedos, que se me habían quedado helados de plantar romero en el jardín. Nada como la obra bien hecha.

LA tarde tediosa. En las casas de campo suelen sedimentarse en sucesivas oleadas libros a trasmano, viejos tomos descabalados de revistas ilustradas, traducciones dudosas. Como tampoco esta mañana he escrito una novela, la dedico a delicuescencias del intelecto.

Para matar el rato uno se enfrenta a una pequeña biblioteca hecha de mutilaciones y restos. Elegir en estas circunstancias se parece mucho a aventurarse con un purgante. Por fin, en un número atrasado de *La Nouvelle Revue Française*, damos con unos fragmentos del diario de Samuel Pepys, prologados por Valéry Larbaud. Decimos bien cuando decimos atrasado. El número es de 1932. Al poco rato, parece que estuviéramos en la época de Larbaud. Tras la lectura de los fragmentos de Pepys, muy bien elegidos, volvemos a nuestra época. Pepys habla de lo que podríamos hablar ahora, una tarde de invierno: criadas, confituras y una chimenea encendida.

Leyendo cosas de confites y escarchados me ha entrado un hambre endiablada y tengo que hacer una incursión en

la cocina. Son las servidumbres del arte. De la *razzia* he vuelto con una galleta viuda, revenida. Una de esas galletas que no se parten, sino que se doblan. El arte, como se ve, también está sembrado de sacrificios.

HA venido esta mañana muy temprano el cartero a traerme una carta de X Al tiempo, me ha dado a la firma un escrito de no sé qué, y me ha pedido un donativo para reparar la campana de la iglesia. Me aseguro de que es para llevarla a fundir y no para poner tubos de neón en el retablo, pero he tenido que echar tierra al asunto: vi en sus ojos un brillo fluorescente: seguramente expondrá esa idea con entusiasmo en la próxima junta parroquial. Luego le he visto alejarse con un halo eléctrico iluminándole la cabeza y yo me he ido a leer la carta de X

La escribe desde una provincia y me habla de la provincia. Me cuenta con tristeza las tentativas para publicar sus libros, sus artículos, que le rechazan. No es lamentación. Se ve que es un desahogo. Seguramente la provincia la ve como una patraña, eso que se han inventado tres o cuatro de Madrid conchabados con dos o tres de provincias.

Pienso en su existencia tan pura, cargándose de unos posos negros que nunca sospechó cuando su vida era un mosto joven. Y pienso por contraste en esos dos o tres califas avinagrados que están todo el día con la matraca del exilio, de Marruecos o de París.

Si se admite que la única patria de un escritor es su lengua, se admitirá también que el suelo de un escritor no son unas calles o un paisaje. El único suelo donde un escritor pisa seguro es una página impresa; el único perfume que le seduce es el de la tinta. El único exilio: las papeleras de las redacciones. Lo demás es exhibicionismo.

Cuando alguno de esos escritores se sube al minarete y empieza a llorar y gimotear, me extraña que todos seamos testigos indiferentes del espectáculo. Tienen las planas enteras de los periódicos; la televisión donde indefectiblemente aseguran sentirse solos, incomprendidos, marginados; les editan y les traducen. Para tenerlos contentos los premian. Si encima se van a la cama regularmente con sus amantes y no tienen el hígado podrido, ¿de qué se quejan? ¿Por qué lloran tanto?

Se ve que tienen en el discurso de la periferia un buen negocio, como esos derviches que han comprobado que viven mejor de vender baratijas a los turistas que de hacer la guerra santa...

He tomado papel y pluma para contestarle. ¿Qué le podemos decir a alguien que es inteligente y que ha fracasado? «Querido amigo:» Y estas palabras me han parecido una despedida, porque todas lo son para un ser solitario.

RECUERDA a Cervantes: «En primer lugar se premia el favor. En segundo, el mérito». Si Cervantes viviera, el primer premio Cervantes se lo hubiera llevado Lope de Vega. Sin dudar.

UN breve paseo hasta la iglesia. Los árboles del amor están desnudos y los olmos, sin hojas, no parecen enfermos. Vamos en silencio mirando nuestros pies al andar. Huele a leña de hogaño quemándose en alguna chimenea. Es un olor a savia que nos envuelve. Recordamos a Leopardi. ¿Hasta dónde llega la amargura? ¿Cuál es su última estación? No pasa nada. No nos pasa nada, sino que vamos muy despacio. Empieza el frío a hacerse notar en la punta de la nariz y en las orejas, donde se clava como un largo alfiler. Ése es todo el argumento de esta tarde. Luego volvemos por el mismo camino. Si nos

encontráramos a alguien, alguna de esas sombras, viejas y encorvadas, que regresan de las faenas del campo con la azada al hombro, la tarde sería perfecta. Habríamos comprobado que la Humanidad no ha renunciado a nada.

A UNO le gustaría el silencio ordenado, práctico y reglamentado de los antiguos anacoretas del desierto. Levantarse con el alba, oración, desayuno (leche, pan negro y unos dátiles), trabajo en el huerto, refectorio, recreación, lectura de los Santos Padres y reposo. La tarde dedicarla a un corto paseo y trabajo bajo techado: tejer cestos, hilar lino y tramar espueñas con esparto, destilar aguardientes y cocer hierbas. Por la noche una colación frugal: un pocillo de leche y unas nueces. Canto de los Oficios Divinos y el premio de un sueño justo, el sueño de los justos. Sobre el cenobio una noche estrellada, fría y limpia. Frente a la exaltación retórica del silencio, el orden silencioso y humilde de aquellos viejecitos que leían el griego.

UN bodegón de ajos visto en la cocina. Un cacharro de barro esmaltado de color arena que en el borde tiene un adorno azul, azul oscuro. Está lleno de cabezas de ajo. Son terrosas, algunas conservan una frágil camisa de color morado, raramente algunos reflejos de un verde oscuro y ocultos algunos rojos como de sangre seca. Descubrir la verdad de ese bodegón. En toda realidad hay un pequeño drama, una escenificación. Nos preguntamos por el primero que supo nombrar eso como cabezas. No sólo lo parecen, sino que lo son. Cabezas reducidas de alguna de esas tragedias rurales, cuya brutalidad sólo es comparable con el misterio de su origen.

LIBRO que no has de leer, déjalo correr.